

26/05/2026

Mira su rostro. Cómo sonrío cuando me ve llegar después de otro duro día de trabajo en la vida de una mujer que ya supera la cincuentena. A veces tengo la sensación de haber estado siempre con ella, de hecho en cierto momento así fue. Me espera con sus suaves brazos abiertos, hasta que me acerco y nos fundimos en ése abrazo inmenso, que no me deja lugar a dudas: estoy donde quiero estar. Y con ella me siento bien.

Muchos años atrás era impensable convivir con ella, el muro de vida cotidiana que se forja en el mundo adulto me impedía ver más allá de mis deberes y objetivos, de lo que tenía que llegar a ser sin tiempo que perder, a lo que era necesario renunciar en pos de ¿reconocimiento? ¿prestigio? Se me antojan términos tan lejanos ahora, ya no tienen cabida en mí, están totalmente desterrados de mi nueva conciencia. Y todo gracias a ella.

Aquel 26 de mayo de ya no recuerdo qué año, sucedió. El día lo tengo grabado a fuego en mi memoria, puesto que para mí suponía recordar siempre al ser más especial, el que me dio la vida. Conducía desde mi trabajo de vuelta a casa y decidí darme un respiro paseando por el parque de mi infancia, el cual enlaza con una bella montaña. Y allí la encontré, me estaba esperando, me dijo años después. Me pareció una criatura de lo más extraño, que me miraba y asentía: "es a ti a quien buscaba" me dijo. En su compañía me empecé a sentir liviana, serena, no había dolor ni temor alguno, parecía conocerme tan bien. Sólomente su presencia era un bálsamo para mí, y me hablaba de un futuro en el cual podría vivir en plenitud, pero tenía que proponérmelo firmemente. Y contar con ella, sobre todo a partir de una cierta edad.

En ese momento me prometió volver cuando pasaran unos años, antes yo debía vivir ciertas cosas que me harían estar preparada, y cuando ella regresara ya no se separaría de mí. Dijo que volvería a convertirse en mi segunda piel, como ya lo fue en otro tiempo. Durante muchos meses la busqué en el parque, lo recorría angustiada, incluso llegué a pensar que todo era producto de mi imaginación, del estrés que me provocaban las maratónicas jornadas laborales. Hasta que un día dejé de buscarla.

Y por fin, una noche de hace unos cinco años se coló inesperadamente en mi cama, me susurró que ya había llegado el momento y se quedó conmigo. A día de hoy aquella niña, la de mi infancia, me despierta con dulzura todas las mañanas y me pide por favor que intente reirme por lo menos diez veces al día. Que las arrugas no me arruguen. Que ésos sofocos que sufro día sí, día también son pasajeros y forman parte de un proceso natural por el que me estoy convirtiendo ya en una niña grande. Que las nuevas tecnologías se me dan muy bien, y mi edad no es un obstáculo para llegar a ser una fenomenal internauta. Que mi vista cansada es por todo lo que no he querido perderme en todos estos años. Que estoy preciosa con mis cincuenta y tantos, ¿quién lo dudaba? Y que ahora ya, por fin, me reconoce.